

# Historia, Literatura y Filosofía Médicas

Real Academia de Medicina de Barcelona

## «LA MEDICINA» (\*)

### (Aportaciones al tema del hombre)

Dr. RAFAEL MASCLANS GIRVÉS

#### I

El tema del hombre ha sido planteado numerosas veces en el transcurso de los siglos. Lo ha sido, empero, sin conseguir ningún resultado definitivo. Mucho más que lo averiguado, pesa en nuestro ánimo lo que queda aún por averiguar; el problema persiste con toda su hondura y con toda su grandeza.

El hombre aparece como centro de donde irradian todas las cuestiones que directa o indirectamente están implicadas en el concepto «conocimiento». El hombre aspira, por naturaleza, a conocer, y en su afán de conocimiento, o bien aborda el mundo de las cosas, ese mundo extrínseco a su mente, o bien levanta sus ojos hacia un mundo trascendente, inasequible a sus sentidos, pero cuya existencia presente y percibe en la íntima realidad de su ser. Las enormes dificultades que entraña la exploración de este mundo trascendente, han sido la causa principal de que se concediera una atención preferente a lo extrínseco, al no-yo, al cosmos. Esto es lo que ocurrió a los primeros pensadores. Tal prioridad de la preocupación por las cosas, que así apareció ya en la mente griega, ha tenido hondas repercusiones en la elaboración posterior del problema del hombre. Porque al fijar la atención reflexiva sobre el hombre, se ha creído ver en él una cosa más, un cuerpo, el *soma*. Se inicia, por tanto, el estudio filosófico del hombre bajo el signo de lo corporal y biológico, en estrecha relación con las escuelas de medicina y en especial con los círculos hipocráticos. Pronto se percataron aquellos pensadores de que el hombre era algo más, y que su estudio no quedaba agotado en su ser somático.

En los sofistas hallamos las primeras inquietudes en torno al ente humano. Por Sócrates y sus discípulos, se aborda decididamente el tema del hombre en dos direcciones: desde el punto de vista moral, y en cuanto a su capacidad de conocer o alcanzar la verdad. Desde este momento, el hombre queda escindido. Se estudiará su cuerpo, o su vida moral, o su función cognoscitiva. El hombre ha dejado de ser tema unitario de la filosofía.

Desde los mismos orígenes, pues, de la especulación, se distingue en el hombre, el cuerpo o soma, y una realidad que se va a designar con los nombres de alma, mente o espíritu. Este fraccionamiento del hombre, que se inició en tiempos tan remotos, ha continuado sin interrupción. En cuanto al soma, en la actualidad, el hombre ha sido ya materialmente pulverizado por los especialistas. Cada especialista toma del hombre una porción y la estudia con avidez. En su labor analítica, divide y subdivide su parte preferente en nuevas porciones que, en manos de nuevos especialistas investigadores sufrirá a su vez la doble tortura: estudio y partición. Es así como la Ciencia Moderna, esencialmente analítica, consigue llegar hasta los arcanos misteriosos de las células y aun de los átomos. Con todo, téngase presente que toda la Ciencia que poseemos, que todos los conocimientos adquiridos y todos los avances logrados, corresponden a partes únicamente del ser humano. El Hombre, el compuesto humano, continúa siendo para la Ciencia un problema.

Un compás de espera resulta ya ineludible. Es preciso reunir de nuevo las piezas de este mosaico revuelto y rehacer el soma tal como aparece en su unidad de composición, y aun resultaría incompleto el supuesto mosaico si olvidáramos que el hombre tiene además su contenido espiritual.

(\*) Conferencia pronunciada el día 21 de Noviembre de 1947. Presidencia Prof. Peyrí.

De entre todas las disciplinas que han abordado el tema del hombre, entendemos que la Medicina es la mejor preparada para esta empresa de recuperación. Por la Anatomía, la Fisiología y la Patología, la Medicina estudia del hombre, su cuerpo o soma; por la Psicología, trata la Medicina de explorar el alma.

RENOUARD, médico-filósofo, da de la Medicina la siguiente definición: «Ciencia que tiene por objeto la conservación de la salud, la curación de las enfermedades y el mejoramiento físico y moral del hombre.»

DESCARTES, en su «Discurso del Método», escribe: «El espíritu depende tan fuertemente del temperamento y de la disposición de los órganos corporales, que si es posible hallar algún medio que haga a los hombres, en general, más sabios y más inteligentes que lo han sido al presente, creo que es en la Medicina donde hay que buscarlo. Verdad es que la Medicina — dice DESCARTES — que ahora se practica — el siglo XVII — contiene pocas cosas cuya utilidad sea notable. Pero sin intención alguna de menospreciarla, confío en que no hay nadie, ni aun entre aquellos que ejercen esta profesión, que no admita que cuanto se conoce ya acerca de ella es apenas nada en comparación de lo que falta por aprender, y que podría librarse a las gentes de una infinidad de enfermedades, tanto corporales como mentales, si las causas de estos trastornos y todos los remedios que la Naturaleza no ha proporcionado fueran suficientemente conocidos.» (1).

El doctor CARREL (2) afirma que «la Medicina es la más comprensiva de todas las ciencias que se refieren al hombre, desde la Anatomía a la Economía política. Sin embargo, se halla lejos de abarcar su objeto en toda su extensión. Los médicos se han contentado con estudiar la estructura y las actividades del individuo, en la salud y en la enfermedad y con curar al enfermo...» El citado hombre de ciencia señala a continuación cómo podría ampliarse enormemente el radio de acción de la medicina en favor de la humanidad doliente y lacerada; dice: «Fácilmente (podría la Medicina) ensanchar su campo, abarcar, además del cuerpo y la conciencia, sus relaciones con el mundo material y mental, la Sociología y la Economía, y transformarse en la ciencia del ser humano por excelencia. Su finalidad sería no sólo la de curar o prevenir las enfermedades, sino la de guiar el desarrollo de todas sus actividades orgánicas, mentales y sociológicas. Se volvería capaz de construir al individuo de acuerdo con las leyes naturales. Y de inspirar a aquellos que tienen a su cargo la labor de conducir a la Humanidad a una auténtica civilización.» (3).

La definición dada por RENOUARD, el susodicho fragmento de DESCARTES y, sobre todo, la cita de CARREL, emplazan a la Medicina en un plano que parece ser, a primera vista, muy poco adecuado a su naturaleza. Esta es la opinión de aquellos que creen que la misión de la Medicina no puede ser otra que prevenir las enfermedades y aliviar y curar a los enfermos. Parece también, que la Medicina, por su alta misión sacerdotal, no puede distraer su tiempo, ni dispersar sus energías intelectuales en especulaciones de tipo filosófico. Esta forma de enjuiciar a la Medicina ha encontrado un círculo bastante numeroso de adeptos. Y es que tal vez no siempre se ha visto que el concepto de Medicina no es más que un universal, que como tal evoca una abstracción del mismo sentido y naturaleza que la del vocablo Humanidad. La Medicina puede considerarse, análogicamente, como un punto ideal que aparece tanto más definido cuanto mayor es el número de haces de conocimientos que en él convergen, procedentes de otras ciencias.

La Medicina y la Filosofía no son incompatibles. Y a los que creen que los vínculos que en tiempos pretéritos manifestaban, se han roto en estos últimos lustros, se les podría objetar que no han meditado bastante sobre el particular, pues la Filosofía está implícita en los métodos mediante los cuales se realiza todo progreso científico; y está implícita, por lo tanto, en el procedimiento por el cual el biólogo o el médico observador consiguen una certeza, una verdad. Lo que hay es que esta Filosofía pasa desapercibida a cuantos son reacios a la valorización del método o métodos que manejan, y no sienten la necesidad de aclarar la naturaleza de una certidumbre lograda.

Ya CLAUDIO BERNARD sostuvo que el cultivo de la Filosofía lejos de perjudicar a la ciencia positiva la estimula y equilibra, la vivifica y ennoblece «manteniendo

(1) Descartes, *Discurso del Método*.

(2) Alexis Carrel, *La Incógnita del Hombre*, ed. Gñ., pág. 308.

(3) Alexis Carrel, *ib.*, pág. 307 y 308.

una especie de sed de lo desconocido, atizando el fuego sagrado de la investigación, que nunca debe extinguirse en el hogar del sabio (4). Y RAMÓN Y CAJAL señaló también que «observar sin pensar es tan peligroso como pensar sin observar».

La Filosofía y la Medicina están fuertemente vinculadas como veremos más adelante.

\* \* \*

El elemento que fija la dirección hacia la cual debe emprender su marcha el investigador es la Idea; y es así cómo la primera idea de una segregación del cuerpo y el alma en el complejo humano, divide también hacia polos opuestos el campo de la investigación, y la atención de unos se polariza preferentemente hacia el soma, y la de otros a la psiquis o alma.

He aquí lo que acerca de las ideas dice Fray Bienvenido Lahoz: «... las ideas tienen una influencia capital y decisiva en todos los órdenes de la actividad humana. La objetividad, amplitud y pujanza de ellas determinan la trascendencia, perpetuidad y consistencia, las dimensiones, en fin, de todas nuestras empresas. El imperio que ejerce el hombre sobre todos los reinos inferiores; las trayectorias de su existencia individual; los desenvolvimientos y vicisitudes que caracterizan y distinguen las variadas manifestaciones de la vida colectiva, son debidos a las condiciones internas, a los contrastes y armonías, a la mayor o menor fuerza de las ideas que dentro del mismo palpitan, que le inspiran, le remueven y avasallan en todas sus empresas y actuaciones. Cuando una idea domina con superior pujanza y eclipsa con sus fulgurantes esplendores a todos los demás criterios en las encumbradas regiones del pensamiento, es indudable que con todas sus bondades y defectos, con sus inconvenientes y violencias, se transfundirá y derramará por los ámbitos de la vida de nuestra especie y plasmará e informará la existencia de todos los estados, clases y condiciones humanas. Y no puede acontecer de otra manera, pues las ideas son el alma de nuestro ser; su objetividad trascendente y espiritual, es la verdadera y más levantada realidad, y su desarrollo amplio y profundo es la expansión natural de la ciencia de nuestro espíritu. A medida que lo sensible y material prepondera en nuestra vida, la realidad espiritual se hace imperceptible y se extingue; pero cuando las ideas, que son las energías de nuestra alma, impulsadas por la esencia trascendente y espiritual que las anima, se amplían, desarrollan y dominan, lo inferior y lo material se subordinan y acomodan a las finalidades, más altas de nuestra actividad racional. Y es que nuestra vida intelectual es opulentísima y armoniosa; se levanta sobre lo sensible y material, y, desarrollando sus íntimas energías, domina los órdenes inferiores.» (5).

Una rápida ojeada a la Historia de la Medicina nos mostrará la evidencia de nuestros asertos.

En los tiempos primitivos domina en la Medicina el *supranaturalismo*. Las remotas civilizaciones asiria, caldea y egipcia fundamentan la enfermedad en la existencia de espíritus malignos.

En Grecia, la Medicina sufre los efectos de una conmoción ideológica, producida por los filósofos naturalistas (6), a consecuencia de la cual las causas de las enfermedades no radican ya en lo sobrenatural, sino en las leyes que rigen el mundo físico. Tal afirmación despoja, pues, la enfermedad de sus ropajes místicos.

HIPÓCRATES concibe la idea de unir a la teoría la observación clínica; los resultados de esta concepción; por él mismo llevada a la práctica, determinan el abandono de la especulación pura y con ello la separación terminante de las Medicinas racional y místico-religiosa.

(4) «Au point de vue scientifique, la philosophie représente l'inspiration (sic) éternelle de la raison humaine vers la connaissance de l'inconnu. Dès lors les philosophes se tiennent toujours dans les questions en controverse et dans les régions élevées, limites, supérieures des sciences. Par là ils communiquent à la pensée scientifique un mouvement qui la vivifie et l'ennoblit; ils fortifient l'esprit en la développant par une gymnastique intellectuelle générale, en même temps qu'ils le reportent sans cesse vers la solution inépuisable de grands problèmes; ils entretiennent ainsi une sorte de soif de l'inconnu et le feu sacré de la recherche qui ne doit jamais s'éteindre chez un savant.» (*Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, Paris, 1900, pág. 351 y s.)

(5) Fray B. Lahoz, *La Santísima Trinidad y la Santísima Virgen*, Rev. «ESTUDIOS», núm. 1, pág. 66 y s.

(6) Thales de Mileto, Anaxágoras, Anaxímenes, Empédocles, etc.

ARISTÓTELES, cuya poderosa inteligencia enciclopédica abarca todos los campos saber, dejó también sus huellas en el campo de la Medicina. Su padre era médico y asclepiade. El estagirita es el primero que estudia seriamente los problemas psicológicos. Su Psicología abarca todo lo que hoy se denomina psicología racional y además todas las ciencias biológicas. (7).

HERÓFILO y ERASÍSTRATO cultivaron, en Alejandría, la Anatomía y la Fisiología del sistema nervioso; de estas investigaciones derivan doctrinas psicofisiológicas que ejercieron marcada influencia y señalan el primer esbozo de diferenciación de la psicología experimental. Estos investigadores se mueven bajo el influjo de las ideas de Aristóteles.

Otro coloso de la Medicina: GALENO. No podemos hablar propiamente de las ideas de GALENO, porque este médico-filósofo más que un innovador fué un sintetizador de todo cuanto se había dicho o escrito sobre Medicina por sus predecesores.

Durante el largo período que va desde la muerte de Aristóteles (322 a. de J. C.) hasta los comienzos del siglo XIII, la Psicología siguió informada por el espíritu experimental que le infundiera el gran pensador griego. El carácter científico que distingue la Psicología de esa época es la tendencia a utilizar los datos positivos de la Anatomía, la Fisiología y la Psiquiatría de su tiempo. Entonces la ciencia psicológica se separó de la Zoología y la Botánica, ocupándose casi exclusivamente del hombre. La Psicología, lo mismo que casi todas las demás ramas del saber, progresó muy poco durante esas centurias.

En el período medieval, las ideas dominantes tienen dos fuentes distintas: una occidental, filosófica y científica (Grecia), y otra oriental, de sentido moral y ético (Cristianismo). En esta época los espíritus se hallan embebidos en un sobrenaturalismo ardiente; sobrenaturalismo que en modo alguno significa retroceso. El azote de terribles epidemias fuerza al hombre, en este período, a doblar la rodilla ante Dios; y la ciencia queda postergada, en último plano. En punto a las cuestiones que se relacionan con la Psicología como ciencia del espíritu, apareció en el siglo XIII una violenta reacción que amenazó desterrar el aristotelismo de las escuelas. Defensores acérrimos de la causa aristotélica fueron Alberto Magno (1206-1280 y su discípulo Tomás de Aquino (1225-1274) (8).

Llega el Renacimiento y fuertes mentalidades hacen su aparición. Newton, Copérnico, Galileo, Descartes, Paracelso, etc., lanzan grandes ideas que tienden a po- arizar la atención de los investigadores hacia el estudio de la Naturaleza. El experimento va a ser el método esencial de la investigación en general.

Los aborígenes del movimiento renacentista hay que buscarlos en el siglo XVI, y

(7) Las ideas de Aristóteles referentes a la Psicología, pueden resumirse en los siguientes puntos: a) La Psicología se debe definir: *la ciencia de los seres vivos, y no la ciencia del alma.* b) La Psicología no sólo debe estudiar al hombre, sino toda las especies de animales y de plantas. c) El psicólogo no debe contentarse con el estudio de las almas, sino que debe estudiar también los organismos. d) En toda especie de ser viviente la Psicología debe investigar: su naturaleza, sus facultades, sus operaciones y las relaciones de éstas con los objetos. e) Los medios de que se sirve el psicólogo para escoger los elementos de su ciencia, son la observación externa y la introspección. f) La Psicología no es una parte de la Metafísica, sino que pertenece a la Filosofía de la Naturaleza, es una ciencia natural. g) Para construir el edificio psicológico se debe adoptar tanto el método empírico como el racional. (Introducción a la Psicología Experimental. P. M. Barbado, O. P. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Luis Vives» de Filosofía. Serie C. Núm. I. Segunda edición aumentada (1943). Pág. 125 y s.)

(8) Integran el concepto de Psicología, al pensar de Sto. Tomás: a) el criterio dominante en el siglo XIII para dividir las ciencias no les permitió separar la psicología experimental de la racional, y ni siquiera distinguir la ciencia psicológica de la ciencia de la naturaleza en general, o *filosofía natural*. A su modo de ver, todos los problemas psicológicos, incluso los referentes al entendimiento y a la voluntad, se encuadraban dentro de la biología o *ciencia de los seres vivos*, como ellos decían. b) Esto no fué obstáculo para que concedieran cierta independencia a la *ciencia de lo común, al alma y al cuerpo* (psicofísica y psicofisiología, decimos hoy), que estudiaban en tratado separado y complementario del De Anima. c) También pusieron los cimientos y esbozaron la construcción de la *psicopatología*, de la *psicología animal o comparada* y de la *psicología ontogenética*. d) Aunque el problema central de la psicología sea explicar las operaciones psíquicas, la ciencia psicológica no se acompeta si se desentendiera de otras cuestiones fundamentales: principios de las operaciones, naturaleza de los elementos psíquicos, sus relaciones, etcétera. e) Al estudiar los principios de las operaciones es preciso ocuparse con especial atención de los órganos nerviosos, su naturaleza, su localización, sus conexiones y sus relaciones con las funciones psíquicas, aun las espirituales. f) El método fundamental en psicología ha de ser el empírico, al que en ciertos problemas se debe añadir el racional, si bien en este caso se ha de procurar contrastar con la experiencia el resultado de los razonamientos. g) Los datos empíricos, cimiento de toda psicología, se deben recoger por introspección o por experiencia externa, según los casos. (Introducción a la Psicología Experimental, P. M. Barbado, ib., pág. 225).

los pilares fundamentales que lo sostienen son: el derecho del libre examen, la libertad de conciencia, el poder ilimitado de la razón y el método experimental.

El Renacimiento o período de transición entre la Filosofía Cristiana de la Edad Media y la racionalista de los tiempos modernos, es un movimiento de fermentación universal al cual sigue la época de las tentativas para ordenar y sistematizar el gran acopio de materiales recogidos (pensamientos y hechos). Grandes sintetizadores y a la vez innovadores de este período, fueron Bacon, Descartes y Leibnitz.

La gran preocupación de los pensadores es ahora el dilucidar el problema del origen y valor de nuestros conocimientos: toda la Filosofía moderna es esencialmente criteriológica; el hombre constituye el objeto primordial de sus investigaciones, y dentro del hombre, el problema del conocimiento. Ahora bien, este problema puede resolverse tomando por base y fundamento el elemento *espiritual* del hombre, o el *sensitivo*; así se da nacimiento a los dos cauces en que se vierte la filosofía de los tiempos que nos ocupan y también los de la época contemporánea.

Francisco Bacon, considerado como el instaurador de la Filosofía moderna, arremete contra el método silogístico e introduce el empirismo y el método inductivo (9).

Aparece Descartes. El alma es considerada como origen de los conocimientos y de los actos morales. La deducción es su método de discurrir. Para Descartes la esencia del alma es el pensamiento; las operaciones psíquicas no se distinguen de la substancia del alma, ni cabe que exista facultad alguna intermediaria entre la sustancia y sus operaciones. Es también idea de este ilustre pensador, que sólo el alma es el principio de todas las funciones psíquicas y que éstas, precisamente por ser psíquicas, son conscientes; por esto el cartesianismo afirma que las operaciones anímicas sólo pueden ser estudiadas por introspección.

La primera reacción contra la Psicología cartesiana aparece a fines del siglo xvi, con el filósofo inglés Locke, quien sostiene la incognoscibilidad del alma y de sus facultades. Con este pensador se inicia una corriente que llega hasta nuestros días: la doctrina del *fenomenismo esprírico*. Hobbes afirma que solamente por la fe conocemos la existencia de nuestra alma y su naturaleza espiritual y, coincidiendo con Bacon, excluye su estudio de la Psicología y lo abandona a manos de los metafísicos y teólogos.

Y llegamos al siglo xviii, llamado *siglo de la Medicina sistemática*. Durante la segunda mitad de este siglo, la Medicina muestra una manifiesta relación de dependencia con el pensar filosófico. El rasgo característico de esta época es el tránsito a una exagerada concepción materialista, que se señala especialmente en los pensadores franceses de la época enciclopedista (10).

Kant se destaca como creador de una nueva Filosofía: La *Filosofía crítica*. La llama así porque el problema central que en ella se plantea es el relativo a la *certeza* de nuestros conocimientos.

Nunca — dice Diepgen — la Filosofía ha ejercido tanta influencia sobre la Medicina como ocurrió con el kantismo en Alemania, sobre todo en la orientación llamada Filosofía de la Naturaleza (11) de la cual Schelling fué el más notable representante.

Casi simultáneamente a la aparición en Alemania de Schelling con su Filosofía de la Naturaleza, aparece en Francia una figura de gran relieve: Augusto Comte. Su doctrina es el *positivismo*. Comte rechaza todo lo especulativo y metafísico, abrazando únicamente las manifestaciones reales captadas por los sentidos y analizadas con el auxilio de métodos rigurosamente científicos.

En líneas generales puede señalarse que, en la segunda mitad del siglo xix, las Ciencias Naturales y la Medicina rompen con el sistema de Schelling y las derivaciones del mismo, obra de sus continuadores. Las relaciones de la Filosofía con estas dos disciplinas emprenden ahora nuevos rumbos. Así como anteriormente la investi-

(9) Francisco Bacon sostiene que una serie de hechos individuales, agrupados de un modo sistemático y conveniente, se obtienen por abstracción, después de seguir un proceso experimental y lógico riguroso, los conceptos generales de las cosas y las leyes de la naturaleza.

(10) Se esperaba lograr con el auxilio del pensamiento filosófico-metódico una concepción definitiva de la Medicina. Los movimientos materialistas correspondientes a este siglo convienen en que no existe la Psicología como ciencia independiente y con objeto propio. No admitida la experiencia de un alma espiritual se consideran los llamados fenómenos psíquicos como funciones nerviosas o simples manifestaciones de la energía física. Tal es la opinión de La Mettrie y Condillac.

(11) *Historia de la Medicina*, por el Dr. med. et phil. Paul Diepgen. Trad. de la tercera ed. alemana, (1932).

gación naturalista y médica se había producido en estrecha dependencia con la Filosofía, ahora es la Filosofía la que se presenta en cierto modo condicionada por los resultados de las Ciencias naturales, de la Medicina y de la Técnica. Así, pues, los pensadores no se encierran en sus elucubraciones apriorísticas, sino que tratan de ampliar la concepción del mundo, por medio de hipótesis, adaptadas en todo lo posible a la experiencia directa.

En cuanto a la Psicología interesa recordar a Fechner (1887), quien se ocupa de las relaciones del alma con el cuerpo, y crea la nueva ciencia experimental que denominó Psicofísica, a Wundt (1832-1920), que fundó la Escuela psico-fisiológica, y a John Watson, que, con su *Reaccionismo*, «behaviorismo» o psicología del comportamiento, propugna que la ciencia psicológica debe ser estudiada desde un punto de vista completamente objetivo; y considera las operaciones psíquicas como simples reacciones orgánicas en las cuales no sólo influyen los estímulos externos, sino también la estructura anatómica, la herencia y los hábitos adquiridos.

## II

A través de toda la historia del pensamiento se destaca claramente un anhelo insatisfecho de penetrar en la entraña de tres grandes enigmas: el Mundo, el Hombre y Dios.

Unos, siguiendo el camino ascendente, toman como punto de partida el mundo externo y a través de él y del hombre, aspiran al conocimiento de Dios; otros, por el contrario, se elevan a Dios y desde Él, descendiendo, aspiran al conocimiento del hombre y del mundo.

El hombre al enfrentarse con el mundo, al detenerse ante su semejante y al aspirar al conocimiento de Dios, deja por descontado que es capaz de conocer, dadas sus aptitudes mentales y la potencia de su inteligencia.

Para los pensadores, llevados de su realismo ingenuo, la verdad es la adecuación entre la mente y la cosa. El conocimiento se logra formando conceptos de las cosas y constituyendo a base de dichos conceptos los juicios de conocimiento. Sobre esta base, no es extraño que todas las actividades se orienten preferentemente hacia ese mundo externo o mundo de las cosas, y que el hombre, como una cosa más, como una de tantas cosas, sea también objeto de su atención. Pero al estudiar al hombre, que el pensador ha fraccionado en cuerpo y alma, aparece un notable desnivel entre los conocimientos somáticos y psíquicos, que avanzan por derroteros distintos.

Toda la inmensa labor realizada en el largo período que va desde los primeros pensadores naturalistas hasta el siglo xv, lleva este pecado de origen. Por esto los problemas que se plantean y se intenta resolver no son resueltos de una manera satisfactoria. Los grandes recursos de la Metafísica aristotélica, así como las aportaciones ontológicas que se sucedieron hasta el mencionado siglo xv, no logran alcanzar el ideal perseguido. Y esta dura prueba es la que decide a los pensadores a tomar rumbos nuevos, a adoptar nuevas perspectivas. Ahora, la primera cuestión que se plantean los pensadores es: ¿Cómo evitar el error? ¿Puede el pensamiento humano descubrir la verdad? ¿Cuáles son los caracteres de un pensamiento para ser verdadero? La contestación a estos problemas ha de buscarse en una ciencia nueva: la epistemología o «teoría del conocimiento», ciencia que amenaza con absorber en su seno toda la Filosofía; ciencia característica del pensamiento moderno y de la cual es Kant el más alto paladino.

\* \* \*

El sentido de las investigaciones que en torno del hombre se han venido realizando hasta el presente, es decididamente unilateral. Es unilateral tanto si se mira desde el punto de vista psicológico, como si se considera desde el somatológico. Los estudios que se realizan en uno y otro campo tienen todas las características de simples tanteos que tienden a considerar fragmentos de hombre; nunca al hombre en su totalidad. No parece, pues, que sean estas vías seguidas, las capaces de ofrecer mayores garantías para poder alcanzar la victoria. Ante estas perspectivas ¿qué rumbos nuevos se ofrecen?

Prácticamente pueden reducirse a tres los nuevos caminos que se ofrecen al pensador: a) Recoger el material disperso producto de todas aquellas ciencias que

tienen por objeto el conocimiento del hombre y estructurar con ellos una síntesis. b) Limitar la labor sintética de reconstruir al Hombre, sobre la base de los datos suministrados por los somatólogos y psicólogos; y c) Pasar al primer plano el estudio de la *psyqué* y dejar en el segundo el estudio del soma, y una vez salvado el desnivel que en la actualidad los separa, proseguir ponderada y simultáneamente el estudio de ambos.

\* \* \*

El Dr. Alexis Carre' se manifiesta encariñado con la primera de las vías apuntadas. Cree en la necesidad urgente de recoger todo el material disperso, fruto de los estudios realizados por las diversas ciencias cuyo objetivo inmediato es el conocimiento del hombre y emprender, con todo este material, la estructuración de un síntesis. No considera imposible que un sólo individuo pueda dominar la Anatomía, la Fisiología, la Química biológica, la Psicología, la Metafísica, la Patología, la Medicina, y tener asimismo un conocimiento profundo de la genética, la nutrición, el desarrollo, la Pedagogía, la Estética, la Moral, la Religión, la Sociología y la Economía (12). Nosotros creemos ver, en la opinión citada del Dr. Carre', una evidente increpación a los sabios, a los inteligentes y a los estudiosos para que pongan freno a sus trabajos de sentido pura y exclusivamente analítico.

La necesidad de una síntesis de todos los conocimientos conseguidos con tanto esfuerzo y sacrificio, orientada a reducir los espíritus a sus propios cauces, es sentida y compartida por el Cardenal Mercier, quien afirmó: «Es preciso tender a reunir y pulimentar los materiales que deben servir para formar en el porvenir la síntesis rejuvenecida de la Ciencia y de la Filosofía Cristiana.» (13). Y el propio Papa, S. S. Pío XII, recientemente, y en ocasión del Congreso Internacional de Filosofía, habló a los pensadores que allí concurrieron en los siguientes términos: «Observad, ¡oh maestros del pensamiento!, a la joven generación. Vuelve con ansia los ojos a vosotros, porque siente que tiene derecho a esperar de vosotros más que de otros muchos. Desea ansiosamente pensamientos grandes, una síntesis intelectual, que den un sentido y un orden a toda su vida. Tras los inmensos horrores que esta juventud ha debido sufrir en los últimos años, siente la intensa necesidad de una concepción y de una doctrina clara, fuerte, profundamente arraigada en el espíritu, si no quiere caer otra vez en un sórdido materialismo, en la rebusca de un éxito puramente mecánico, o bien en el abatimiento y en la inacción.» (14).

\* \* \*

La segunda vía propuesta al pensador para su rectificación hacia horizontes más luminosos y prometedores, es limitar la labor sintética de reconstrucción del hombre a los datos suministrados por los somatólogos y psicólogos.

El simple enunciado de esta proposición nos lleva a pensar en lo que se ha dado en denominar «Medicina Psicosomática». La Ciencia médica, principalmente en América, nos ofrece hoy los indicios de un sincretismo en formación de tendencia sintética, cuyo objetivo es el complejo viviente «Hombre». En esta modalidad de la Medicina, las enfermedades no aparecen como simples trastornos funcionales o conjuntos de síntomas derivados únicamente de leyes orgánicas, sino como modos de reacción y de existir determinados por múltiples influencias que afectan siempre su totalidad vital.

No queremos entrar en el detalle de esta modalidad de la Medicina, ni queremos extendernos en ahondamientos de naturaleza crítica. El incentivo que nos ha movido a hablar de ella fué únicamente poner de manifiesto que la Medicina Psicosomática representa el primer chispazo de un movimiento renovador de naturaleza sintética y que puede muy bien ser causa de que en lo sucesivo se dé fuerte impulso a los estudios cuyo objetivo inmediato sea el conocimiento de este *substractum* desconocido y misterioso que se denomina alma.

(12) Alexis Carre', ib. Pág. 309.

(13) Henri Bon, *Compendio de Medicina Católica*, ed. Fax, Madrid, pág. 5.

(14) «Pensamiento», Rev. de inv. e inf. Filosófica, núm. 9, vol. III, pág. 85.

(15) L. Zezo y E. Pizarro, *Clínica Psimosomática*, pág. 23.

\* \* \*

Entendemos que el centro de donde arranca todo, que la clave para la solución de todos los problemas que al hombre se ofrecen, es el conocimiento del alma. Hay que centrar, pues, toda la atención y todos los esfuerzos de los pensadores sobre este fondo recóndito que siente, piensa, quiere, conoce, recuerda y crea.

De estas ideas arranca la última de las tres vías apuntadas que se ofrecen al pensador para ensanchar el horizonte de sus posibilidades.

Henry Vaughan escribe :

«Cité a la naturaleza: acribillé todo su acopio,  
Rompí sellos que antes jamás fueron tocados,  
Su seno, sus entrañas, y su frente  
Donde reposan sus secretos  
Escudriñé enteramente, y habiendo  
Pasado en revista todas las criaturas  
Llegué al fin a buscar dentro de mí  
Mismo, donde hallé  
Huellas y sonidos de rara especie.» (16).

El conocimiento de la *psyqué* exige la superación de tan grandes escollos, que ya Eráclito de Éfeso escribía: «Por mucho que avances en el camino, jamás pasarás las fronteras del alma; tan profundos son sus cimientos.» Psicólogos modernos coinciden también en señalar, no obstante los siglos transcurridos y el perfeccionamiento de sus métodos de exploración y estudio, las enormes dificultades que ofrece el intento de penetrar en los arcanos del alma humana. Así Richard Müller-Freienfels ha escrito que «no obstante los progresos de la Psicología experimental, transcurrirán muchos años antes de que los complejos fenómenos de nuestra vida psíquica sean tan accesibles al bisturí del psicólogo como son del anatómico las partes del cuerpo». (17). Y añade aún el citado autor: «Nadie niega que gracias a improbables investigaciones aporta la Psicología experimental al acervo científico el conocimiento de ciertos acontecimientos psíquicos aislados; pero jamás permitirá la «comprensión del alma en su unidad», por muchos que sean los descubrimientos que de la experimentación pueden y deben esperarse. Es absolutamente inaccesible a los métodos experimentales la actividad vital creadora y sus orígenes inconscientes, en cuyos elementos radica aquello que denominamos «carácter» o «personalidad». (18).

También CARREL se pregunta: «¿Qué es el pensamiento, ese ser extraño que vive en las profundidades de nosotros mismos, sin consumir una cantidad apreciable de energía química? ¿Tiene relación con las formas de energía conocidas? ¿Podría ser un constituyente de nuestro Universo, desconocido por los físicos, pero infinitamente más importante que la luz? El espíritu está oculto en el seno de la materia viviente, completamente descuidado por los fisiólogos y los economistas, casi ignorado por los médicos. Y, sin embargo, es el más formidable poder de este mundo. ¿Lo producen las células cerebrales, del mismo modo que el páncreas produce la insulina y el hígado la bilis? ¿Con qué substancia está elaborado? ¿Procede de un elemento preexistente como la glucosa procede del glicógeno o la fibrina del fibrinógeno? ¿Está compuesto de un género de energía que difiere de los que estudia la Física, que se expresa por otras leyes, y que es generado por las células de la corteza cerebral? ¿O debería ser considerado como un ser inmaterial, situado fuera del espacio y del tiempo, fuera de las dimensiones del Universo cósmico, insertado por un procedimiento desconocido en nuestro cerebro, y que sería la condición indispensable de sus manifestaciones y el agente determinante de sus características? En todas las épocas y en todos los países, los grandes filósofos han consagrado sus oídos al estudio de estos problemas. No han hallado solución.» CARREL termina diciendo: «...estas preguntas quedarán sin respuesta hasta que se descubran nuevos métodos capaces de penetrar más hondamente en la conciencia.» (19).

(16) W. Gray, *Nueva Imagen del Universo*, Lib. Hachette, Buenos Aires, pág. 397.

(17) R. Muller-Freienfels, *Tu alma y la ajena*, pág. 14.

(18) R. Muller-Freienfels, *ib.*, pág. 14.

(19) Alexis Carrel, *ib.*, pág. 132.

## III

¿Cómo llegar al conocimiento del alma? Consultemos al coloso de la Filosofía cristiana Santo Tomás de Aquino. Santo Tomás nos dice: «...nuestro entendimiento, a pesar de tener el alma tan cerca, es incapaz de ver directamente su naturaleza o sus potencias o sus operaciones. El único camino que se le ofrece es la dura cuesta de indagaciones y razonamientos, todos ellos difíciles y complicados.» (20).

Pasemos, ahora, a Kant. Kant escribe: «Acabamos de recorrer el país del entendimiento puro y de examinar cada una de sus regiones con todo cuidado; más aún, le hemos medido y hemos asignado a cada cosa un lugar. Pero este país es una isla que la propia Naturaleza ha encerrado entre límites inmutables. Es el país de la verdad, rodeado de un vasto y tempestuoso océano; es el imperio de la ilusión, en el que infinitas nieblas e incontables bancos de hielo, que pronto habrán de deshacerse, ofrecen la engañosa imagen de una tierra nueva, atrayendo sin cesar, por medio de falaces esperanzas, al navegante errabundo en busca siempre de horizontes distintos, y comprometiéndole en aventuras en las que ni podrá retroceder ni alcanzar jamás el fin.» (21).

La encuesta prosigue, larga, penosa... Sólo a través de un artículo publicado en la revista mercedaria «Estudios» he podido vislumbrar la posibilidad de dar solución al problema que durante tantos siglos viene preocupando a los pensadores (22).

No faltan en las rutas propuestas y seguidas por algunos de los pensadores modernos, verdaderos chispazos geniales, presentimientos o intuiciones del auténtico camino a seguir para lograr penetrar en los fondos de nuestra alma. Pero son sólo chispazos. No ha aparecido todavía una concepción avasalladora e irresistible que, respondiendo a los más graves e inquietantes interrogantes, ofrezca posiciones y criterios verdaderamente irrefragables. Sin duda, la Revelación Cristiana ofrece la solución. Pero eso no basta. El propio Dogma Católico nos lo manifiesta condenando el fideísmo en filosofía y exigiendo que criterios y datos de orden racional puro sean los sillares angulares del conocer trascendental. Así, pues, en sistemas inconcisos y luminosos están, según la razón y la Fe, la contestación y solución a los pavorosos problemas que la Humanidad, y de un modo especial nuestra época, tiene planteados. Pero, ¿hay motivos para presumir y pensar que esos sistemas inconcisos y luminosos, avasalladores e irrefragables han de aparecer pronto? Es ésta una cuestión ardua y empujada cual ninguna. Los creyentes, a la vez que entendemos y afirmamos que esos sistemas y concepciones habrán de brotar de la razón y que mientras no se afiancen en los extremos y exigencias de la misma, no lograrán un dominio de las cimas de la sabiduría humana, sabemos también que ese ideal lo conseguirá la razón en la medida que la Revelación sobrenatural la vivifique y transfunda.

Cuando Kant afirmaba que no podemos hacer «experiencia» más que partiendo de formas de pensamiento determinadas e innatas en nosotros, como las de causalidad y substancia, cerraba el paso a todo avance e imposibilitaba penetrar en el país llamado por él *entendimiento puro*. Cuando Schelling, Hegel y sus discípulos creían que en nosotros no sólo residía la «forma del conocimiento», sino también su contenido, o sea toda la realidad misma, hasta el extremo de poder prescindir de toda investigación empírica, no hacían más que construir una recia muralla circular dentro de la cual se quedaban prisioneros. Cuando Comte y los investigadores de la naturaleza Mach y Ostwald, sostenían que las percepciones sensoriales no sólo son la fuente de todo conocimiento sino que constituyen la naturaleza misma; que el único método científico es el de la observación y experimentación; que la existencia de un mundo situado más allá de las sensaciones no puede probarse por la experiencia y resulta físicamente inadmisibile, y que la Metafísica debe ser apartada radicalmente de la ciencia, iban en pos de la luz y se perdían en un mundo de tinieblas.

(20) «Mens nostra non potest seipsam intelligere ita quod seipsam immediate apprehendat; sed ex hoc quod apprehendit alia. devenit in suam cognitionem.» (De Veritate, q. 10, a. 8.) «Anima sibi ipsi praesens est; tamen maxima difficultas est in cognitione animae, nec devenitur in ipsam nisi ratiocinando ex objectis in actus, et ex actibus in potentias.» (In I Sentent., d. 3, q. 1, a. 2, ad 3.) «Non per essentiam suam, sed per adtum suum se cognoscit intellectus noster.» (I p. q. 87, a. 1.)

(21) Kant, *Crítica de la Razón Pura*, Ed. Berguá, pág. 47.

(22) Fray B. Lahoz, ib., Rev. «Estudios».

¿Cuál es, pues, el nuevo camino a seguir?

No nos interesa ahora aportar una exposición detallada de esta nueva concepción que se plantea en la revista «Estudios». Dados sus puntos de partida y derivaciones, el autor orienta preferentemente su trabajo hacia el campo filosófico-teológico y ello nos llevaría a tratar aspectos que no son los que corresponden a una Academia de Medicina.

He aquí, en síntesis, su desarrollo:

Dos mundos se nos aparecen como cosas reales y concretas: uno *externo* y otro *interno*. Un mundo externo al cual corresponde la ciencia experimental. En este mundo de las cosas, los ensayos experimentales de comprobación analítica, reconstrucciones o síntesis, etc., son recursos por los cuales se intenta llegar a su conocimiento. Otro, interno, encerrado dentro de nosotros mismos, que informando al cuerpo, constituye el compuesto humano. Este mundo interno es la cosa real y concreta que llamamos alma, mente, inteligencia, razón, cognoscencia; a él corresponde el pensar, el reflexionar, el conocer, el decir, el formar ideas, ordenar conceptos, el formular hipótesis, el crear métodos, el emitir juicios. El conocimiento de estos dos mundos tan distanciados y opuestos implica dos clases de ciencia en lo humano: la ciencia de lo externo o experimental y la introspectiva o conocimiento del alma por sí misma.

La existencia del mundo externo, al cual corresponde la ciencia que hemos denominado experimental, es un hecho primario e inconcuso que debemos admitir, pues su objetividad es tan imposible de negar, como absurdo intentar demostrarla con razones que sean más expresivas que las que nos ofrece su existencia misma.

La primera impresión que la mente capta de este mundo externo que abarca no sólo las cosas propiamente dichas, sino también la propia mente y todas las mentes de nuestros semejantes, es la de que ella misma, este mundo no ha podido crearlo; que no es obra humana y que implican un Creador que ha de ser indefectiblemente superior a ella y a todas las cosas que le rodean.

Una objeción puede oponerse al hecho de que se forme en nuestra conciencia el concepto de un Creador, por la sola impresión de lo externo, es que tal concepto de Creador tendrá un sentido puramente subjetivo. Esta objeción queda desvanecida, con sólo ver que todas las nociones o conceptos que en la mente del hombre pueden originarse, ésta es la única, absolutamente la única, que nace con todas las garantías de objetividad. Tratemos de aclarar eso.

Los conceptos trascendentales como, por ejemplo, el *principio de identidad*, no pueden reclamar para sí ni una existencia anterior ni extrínseca de la mente, en donde se ha originado y en la cual subsiste. Pero en el caso que nos ocupa de la existencia de un Creador, al concepto que formamos en nuestra mente le corresponde una objetividad y contenido positivos, determinados, subsistentes en sí y a se, extrínsecos a la mente. Y es que nuestra mente percibe que el concepto que ella forma de un Creador corresponde a algo que es hacedor de todas las cosas, incluyendo ella también entre esas cosas; y al reconocerse y proclamarse dependientes del Creador, fundamenta en Él la suprema razón del ser y del conocer. Conviene dejar bien sentado este extremo para descartar de esta posición la calificación o etiqueta de ontologista.

Tenemos, pues, que la ciencia trascendente a los conocimientos que logramos por la observación de esa realidad externa, se habrán de fundar sobre dos series de respetos: la deducción de la existencia de un Supremo Hacedor, y la Mente en la cual tiene lugar esta deducción por influencia de lo externo.

Otra impresión que capta muy pronto la mente, por influencia de lo externo, es que la mente constituye una realidad trascendente e inabordable a todo lo extrínseco a ella; que lo externo y la mente son dos mundos irreductibles. Esta irreductibilidad es también la que determina la existencia de las dos clases de ciencia antes aludidas.

Si admitimos que nuestra esencia racional tiene una estructura concreta y determinada y conseguimos un «algo» cuyo origen radica en esta esencia racional que denominamos mente, ¿no es lógico pensar que este «algo» podría muy bien ofrecérsenos afectado de unas huellas capaces de denunciar la estructura de nuestra mente o esencia racional? No cabe duda de que estas huellas, cuidadosamente estudiadas, nos conducirían sobre la pista a seguir para un seguro conocimiento de los fondos de nuestro espíritu. Pero, ¿dónde hallar estas huellas? ¿Dónde reside este

«algo» cuya raíz y fundamento es, con seguridad absoluta, nuestra esencia racional? Este «algo» no puede ser otra cosa que el lenguaje.

El lenguaje es la mayor y más cumplida expresión de toda actividad racional, tanto discursiva como empírica, y en él se traduce, a modo de huellas o reflejos, la contextura de la mente. Estas huellas encerradas en el lenguaje hay que buscarlas, no en la parte del lenguaje que corresponde a su simbolismo gramatical o fonético, sino en su contenido semántico y en estos planos por los cuales se explica la maravillosa cualidad de poder transportar, sin alteración a todos los idiomas conocidos, las ideas que una mente formula. Las huellas o reflejos de la contextura de la mente, que el autor señala con la denominación de *modos invariables*, son, entre otros, los pronombres personales, los modos determinativos, los adverbios, etc., y sobre todo, las desinencias de la conjugación del verbo ser, substractum de todos los otros verbos y demás formas de expresión. El autor que nos ocupa es el primero, que nosotros sepamos, que ha planteado y resuelto estas cuestiones en los términos apuntados.

Lo dicho hasta aquí tiene una trascendencia extraordinaria, pues en ello se contiene la clave para poder penetrar en la mente, este recinto que durante siglos y siglos ha permanecido inaccesible. Y es que los modos invariables del lenguaje constituyen los puntos de apoyo más sólidos para abordar una introspección rigurosa, sistemática y segura de nuestra esencia racional o alma.

La mente, partiendo de los modos invariables o reflejos auténticos de su esencia, podrá alcanzar un conocimiento *trascendental, sistemático y seguro de sí propia*. *Trascendente*, porque teniendo por punto de partida respectos que comprenden toda expresión y por consiguiente todo concepto, no hay ninguno que lo rebase. *Sistemático*, porque a la vez que la mente permite la explicación de esos modos que llamamos invariables, en el hondo conocimiento de sí misma, dichos modos, con su complejidad invariable, confirman la explicación; hay por ende, en la labor introspectiva así efectuada, cumplida correlación entre el punto de partida y el término de la misma. Finalmente es conocimiento *seguro*, porque reciprocándose en la introspección, o percepción de la mente por sí misma, el ser y el conocer, a la vez que la objetividad de la cosa afianza y garantiza la verdad de lo conocido, el hecho mismo de la percepción excluye cualesquiera dudas y cuestiones sobre la realidad y verdad de lo percibido.

He aquí la sinopsis de los extremos apuntados:

- a) Deducción de la existencia de un Supremo Hacedor de todas las cosas y de la mente misma.
- b) La Mente como sujeto de la anterior deducción, al ser impresionada por lo externo que la circunda.
- c) La irreductibilidad existente entre lo externo y la mente.
- d) Trascendencia de la mente sobre todo lo externo o infraespiritual.
- e) Las huellas o reflejos de la esencia racional que en el lenguaje se contienen.
- f) Los modos invariables del lenguaje como punto de apoyo seguro para el conocimiento sistemático de la mente.
- g) La introspección, conocimiento puro o sistematización introspectiva como recurso único para explorar el mundo íntimo de nuestro espíritu.

Meditando sobre todo lo dicho en estos puntos, sin esfuerzo nos percataremos de cómo es imposible que el alma se pueda percibir por algo que sea, al propio tiempo, extrínseco e inferior a ella. Según eso, las luces o poder del alma para conocerse a sí misma, no pueden tener otra fuente de origen que su propia esencia. Por otra parte, el alma es una singularidad inabordable; pues bien, aquella luz o poder que le atribuimos según lo dicho, tiene forzosamente que originarse en una singularidad personal. Tenemos, pues, que la ciencia del alma habrá de verificarse pura y exclusivamente a base de individualidades que habiendo ahondado en sí mismas despierten en sus semejantes sus propias percepciones. Claro que el recurso único para ello es el lenguaje, este vínculo que une a los hombres unos a otros. Y es precisamente el lenguaje, porque al contener éste las huellas o reflejos de la mente de un individuo humano, igual a la de sus semejantes, explicando lo que ha percibido dentro de sí, o sea las hondas razones y fundamentos de la variedad de esos modos de ser invariables, despertará en los que tienen una percepción más o menos rudimentaria del sentido de estos modos, el más amplio conocimiento que ella logra de todo. Es así como se llegará por todos al hondo y cumplido conoci-

miento de la sustancia de nuestra alma que son la suprema fuente y asiento de la más alta ciencia espiritual.

En estas tendencias nuevas que nos ocupan, queda descartado todo peligro de monismo materialista y de monismo idealista, mediante la distinción de una doble ciencia en lo humano, a saber: el conocimiento experimental, por la mente, de lo externo que la impresiona, y el conocimiento introspectivo o de la mente por sí misma. Queda asimismo eliminado el peligro del relativismo absoluto, que parece que se había de seguir de la fundamentación del conocer trascendente en la propia mente; peligro relativista que se esfuma advirtiéndose que la mente, dadas sus relaciones con lo externo, deduce inexcusablemente la existencia de un Creador, del cual depende la mente lo mismo que todas las otras cosas, y que, por lo mismo, es principio y asiento del ser y del conocer. Se han excluido, pues, los peligros de índole monista y relativista, que parece habrían de seguir de la posición que el autor adopta al fundamentar el origen y la objetividad del conocer metafísico, no en los principios clásicos, sino en la mente misma.

En resumen, podemos decir que:

1.º, la esencia del conocimiento racional a cuya averiguación, en última instancia, se reduce la Filosofía moderna, es un hecho primario que debe de entrañar en sí mismo la explicación de sí propio, pues al paso que es cosa absurda que una realidad superior, como es el conocimiento racional, pueda explicarse por algo extrínseco y sobre todo inferior a ella, es natural y lógico que esta esencia intrínsecamente perceptiva se dé cuenta de lo que la impresiona y afecta;

2.º, según eso hay dos clases de conocimiento, el que la mente o esencia racional tiene de lo que la impresiona o afecta y el conocimiento sistemático de sí misma;

3.º, para realizar la mente este conocimiento sistemático de sí misma, ofrecen punto de partida seguro los modos invariables del lenguaje humano; y

4.º, esa mente, que, por el camino anteriormente indicado, puede llegar al conocimiento seguro y sistemático de sí misma, dando lugar a la más alta sabiduría o filosofía que es dable alcanzar en lo humano, se da cuenta, impresionada por lo externo que la circunda y afecta, de su dependencia, al igual que la de los otros seres, respecto de un Supremo Hacedor que, de esa suerte, aparece como el fundamento último de todas las cosas y de todas las ciencias, del ser y del conocer.

Filósofos, psicólogos, físicos, fisiólogos, farmacéuticos, economistas o médicos, quienquiera que medite sobre estas cuestiones que presentamos, pronto advertirá la gran fuerza que dichas cuestiones entrañan y, al propio tiempo, se dará cuenta del misterioso poder que ofrecen, de abrir amplísimos horizontes, donde todo pensador podrá desenvolverse a sus anchas, sin apartarse de los cauces de la más pura y acendrada ortodoxia.

\* \* \*

Para terminar, pongo a la consideración de tan ilustre Corporación científica, a título de conclusiones, los siguientes extremos:

1. Toda ciencia tiene su fuente o raíz en el espíritu humano, recibiendo de la naturaleza y condiciones del mismo su peculiar carácter; así la cuenta que se da el espíritu de lo que la impresiona, da lugar a la ciencia de lo externo y el conocimiento sistemático que la mente logra de sí misma constituye la ciencia trascendente o espiritual.

2. Según la posición que indicamos, el hombre, más bien que un animal racional, se habrá de definir una substancia racional que informa a una naturaleza animal.

3. La síntesis de todos los conocimientos conseguidos, cuya necesidad siente la humanidad y pide a grandes voces, aparece como un hecho realizable, y así, el tema del hombre queda debidamente preparado para un provechoso estudio.

4. Las esperanzas que nos había hecho concebir la Medicina al emprender su dirección hacia el terreno Psicosomatológico, no quedarán, en modo alguno, frustradas si se tiene en cuenta el nuevo punto de vista que nos descubre el consabido artículo de «Estudios».

5. La aspiración a que toda obra de los hombres sea guiada y fortalecida por el espíritu del Supremo Hacedor y las enseñanzas de Cristo y de su Iglesia, tienen un sólido apoyo en las doctrinas expuestas.

Ésta es nuestra humilde aportación al «Tema del Hombre», y tal es la gloria que barruntamos para el futuro de la Medicina.  
Barcelona, 1947.

## BIBLIOGRAFIA

- F. BRENTANO. — *El porvenir de la Filosofía*, «Rev. de Occidente», 1935.  
 J. MARIAS. — *Historia de la Filosofía*, «Rev. de Occidente», 1943.  
 J. M. GUARDIA. — *La Médecine à travers les siècles*, Paris, 1865.  
 A. AMOR RUIBAL. — *Problemas fundamentales de la Filosofía y del Dogma*.  
 J. y A. ORIOL ANGUERA. — *Historia de la tuberculosis*, 1944.  
 A. CARREL. — *La Incógnita del Hombre*, 1936.  
 HOWARD W. HAGGARD. — *El médico en la Historia*. Ed. Sudamericana (Buenos Aires), 1943.  
 P. M. BARBADO, O. P. — *Introducción a la Psicología Experimental*. Madrid, 1943.  
 ZENO-PIZARRO. — *Clínica Psicosomática*. Buenos Aires, 1945.  
 HENRI BON. — *Compendio de Medicina Católica*. Madrid, 1942.  
 R. MÜLLER-FREIENFELS. — *Tu alma y la ajena*. Ed. Labor.  
 E. KANT. — *Crítica de la Razón Pura*. Ed. Berguá.  
 P. DIEPGEN. — *Historia de la Medicina*. Ed. Labor, 1932.  
 J. HESSEN. — *Teoría del conocimiento*. «Rev. Occidente».  
 M. GARCÍA MORENTE. — *Fundamentos de Filosofía*. Espasa-Calpe, 1943.  
 HEINZ FLECKENSTEIN. — *Personalidad y enfermedad*.  
 J. MARIAS. — *El Tema del Hombre*. «Rev. de Occidente».  
 K. VORLÄNDER. — *Historia de la Filosofía*, 1919.  
 F. KLIMKE, S. J. — *Historia de la Filosofía*. Barcelona.  
 P. HAZARD. — *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*. «Rev. Occidente».  
 FR. B. LAHOZ. — *El Dogma Católico y una Nueva Metafísica*. «Rev. Mercedaria», República Argentina, 1932-1933.  
 FR. B. LAHOZ. — *La Santísima Trinidad y la Santísima Virgen*. «Rev. Estudios», número 1, 1945.

# M A I Z P U R

ALIMENTACIÓN HIDROCARBONADA DE GRAN PODER NUTRITIVO  
EXENTA DE GRASAS Y PROTEÍNAS

IMPRESINDIBLE para los niños de segunda infancia.

ESPECIALMENTE indicado en regímenes de úlceras gástricas, afecciones intestinales y hepáticas, dietas hidrocarbonadas, de sostén, etc.

Muestras y Fórmula a disposición de los Sres. Médicos



DEPARTAMENTO CIENTÍFICO  
DE

PRODUCTOS ALIMENTICIOS  
POTAX S. A.

Cristina, 1      Teléfono 16514  
BARCELONA